

Más de trescientas llamadas al día



¿Nos hemos detenido a pensar alguna vez en la importante función de una telefonista en una empresa moderna...? Método, orden, disciplina: ese tríptico de virtudes —sobre el que se levanta comúnmente la eficiencia personal de cualquier empleada—, debe acusarse más aún en la difícil y delicada especialidad que no todos saben valorar y sí muchos subestimamos inmerecidamente.

A tales virtudes debe unir la discreción y el tacto y, naturalmente, la voz, una voz sin detonancias, uniforme sin monotonía, múltiple en matices, grata al oído, suave. Perfecta...

Y si a todas esas cosas se unen la simpatía y la belleza, entonces hay que echarle el «completo», que es lo que uno piensa exactamente al verse delante de las cuatro encantadoras telefonistas de Editorial Bruquera.

“Aquí, EDITORIAL BRUGUERA” AL HABLA CON LAS “CHICAS DE LAS CLAVIJAS”



A las cuatro —tres en Mora la Nueva y una en Camps y Fabrés—, las encanta su trabajo porque les permite estar en contacto con toda la casa y aseguran unánimemente que, a pesar de lo arduo que resulta a veces su labor —se reciben en Mora la Nueva unas trescientas llamadas al día y casi otras tantas en Camps y Fabrés—, no la cambiarían por otra. Las cuatro coinciden también en afirmar, además, que la mayor densidad de llamadas se produce en ambos centros de trabajo entre diez de la mañana y una de la tarde. Y en que... bueno, todo el día con el auricular puesto da mucho de sí para registrar curiosas y singulares experiencias.

—Por ejemplo —nos cuenta Buen Consejo Cervera, que atiende la centralita de Camps y Fabrés—, el otro día llamó alguien preguntando por el señor Tort. Se oía pésimamente y yo entendía el señor Pla. «¿El señor Pla dijo usted, verdad?», pregunté para asegurarme. Mi interlocutor protestó vivamente: «¡Oh, no, no! ¡Pla, no! ¡Tort, Tort...!»

Y como ésta, muchas. La señorita Buen Consejo se lamenta de que, a causa al parecer de una confusión de números, coincidió por unas horas el nuestro de Redacción con el de la Residencia del Seguro de Enfermedad. «Llamaron por error muchas veces ese día —nos refiere nuestra simpática telefonista—, y una de tales llamadas la efectuó la comisaría de policía de la carretera de Sarriá, notificando que se había producido un grave accidente en el que había resultado herido un señor llamado Julio... Y como en el Estudio de Redacción está el señor Julio, ¡imagíne! Por poco le doy un susto a la familia de este señor. Luego, naturalmente, se aclaró todo, pues los de la comisaría creyeron hablar con la Residencia.

Las señoritas Lucila Piñero, Conchita Planas y Montserrat Cortés —que se alternan en su trabajo en Mora la Nueva—, abundan también en anécdotas de parecido estilo. A Conchita Planas le hace una gracia terrible la periódica llamada de una señora que, invariablemente, marca el número de la Editorial y pregunta por el pintor. Y la de un señor que tartamudea y no acaba nunca...

Las cuatro quedan con ganas de contarnos infinidad de cosas más, pero tendrá ya que ser otro día. El teléfono no para..., ni espera.

V. S.

